

## El tiempo no es lineal, es caleidoscópico

Autor: Cielo

—¿Crees que exista un plátano hembra? —era aquella voz dulce, pero con un tono de curiosidad y expectativa. Esas fueron las primeras palabras de Rocío. Estábamos en la biblioteca de Rabanales cuando ella me dirigió la palabra; minutos antes, yo me había presentado ante mis compañeros en voz alta y justamente hable de mi propuesta de investigación doctoral relacionada con los bananos, llamados Plátanos en España pero que en Venezuela se les conoce como Cambur, porque el Plátano en Venezuela viene siendo el Plátano macho en España, es muy curioso, pero el Plátano macho para los venezolanos, es solo Plátano, así como se lee, sin el macho, sin la hembra, sin género, solo Plátano. De allí nace la curiosidad de Rocío.

Casi instantáneamente, se me vino a la mente, aquellos recuerdos de la infancia en Venezuela, pero, sobre todo, de mi hogar, fue aquella casa rural en Turmero con un jardín trasero repleto de plantas tropicales de todo tipo: Mango, Aguacate, Lechosa, Guayaba, Guanábana y Cambur, este último siempre estaba presente en la mesa familiar.

Desde muy pequeño, siempre recuerdo las palabras de mis padres, cuando se referían a la planta de Cambur, por ser una planta exótica y distinta a otras, con tallo subterráneo (es decir enterrado, pero que no es una raíz), y con un tallo, que en realidad es un falso tallo, debido a que son grandes hojas entrelazadas las que forman esa especie de tallo, y dejar a un lado lo curioso del racimo, que puede llegar a pesar cientos de kilos y, aun así, la planta resiste ese racimo sin quebrarse.

Al instante, Rocío me preguntó: —¿Por qué escogiste Córdoba? —

—Le respondí— Particularmente nunca imaginé estudiar en la Universidad de Córdoba (UCO), y mucho menos, hablar e investigar sobre el Cambur o el Banano en tierras repletas de Olivos, de inmensas almazaras, de artífices del aceite y, de deliciosas aceitunas; donde los bananos solo se consiguen en el supermercado; pero considero, que fue un reto profesional y personal que lo abordé con mucho entusiasmo, ganas, corazón y un par de maletas de 23 kilos, que recogían 30 años de mi vida en Venezuela, dispuesto a encontrar un lugar mágico, que me brindara bienestar, tranquilidad, serenidad y sobre todo, calidad de vida, confiando en que ese lugar que anhelaba como nuevo destino, era Córdoba.

Huir de aquel país donde en su subsuelo reposa la mayor reserva probada de petróleo del mundo; un país de abundancia, riqueza y crecimiento, esa era Venezuela. Un país que crecía rápidamente en aquella época denominada por muchos, como la época dorada (1950-1980). Pero que con el pasar del tiempo se fue deteriorando al punto de tener hambre y no tener nada que comer.

Es inevitable recordar aquella tarde abrumadora de noviembre de 2016 en Turmero, llena de confusión y perturbación, donde pude ver como una especie de polvo se elevaba en el aire como una fina niebla y casi instantáneamente, me vi obligado a cerrar los ojos, no podía abrirlos, era una sensación de ardor que recorría desde la nariz hasta la garganta con una fuerte opresión en el pecho a causa del gas lacrimógeno, el mismo, que echaron a

familias enteras, como la mía. Queríamos comprar alimentos; pero lamentablemente ese día no hubo Cambur en la mesa.

Ese triste y devastador episodio marco un antes y después en mi vida, me motivo a echarle ganas, aun y cuando todo el alrededor era un caos representado por la miseria, pobreza y opresión. Fueron momentos difíciles, pero lo bueno vendría 150 días más tarde, con mi llegada a Córdoba, la cual estuvo estupenda, no solo por la feria y las fiestas en mayo sino por el montón de cosas buenas que me pasarían por ser estudiante de doctorado.

Hoy en día, todas las experiencias que he estado viviendo las considero infinitas y muy atractivas. La conjunción de los valores culturales, naturales y académicos, aterrizaron en la UCO y me permitieron ver la vida desde los colores de Andalucía, desde el gentilicio cordobés, con sus sabores y sus aromas, con sus monumentos y patrimonios, desde el ímpetu científico y tecnológico que caracteriza a esta Alma mater.

Ha sido un arduo camino, por todas las estancias de investigación doctoral que realicé, llevando al tema del Cambur a varios países, fue un periplo de fascinantes vivencias que cautivaron mi corazón. Sin duda un catálogo inmenso y variopinto de bonitos lugares, pasando por lo exótico e imponente de la provincia de Misiones en Argentina; recorriendo el corazón de la zona agrícola chilena representada por Talca; navegando por las aguas cristalinas y de arenas blancas del archipiélago de Bocas del Toro en Panamá; continuando por aquella ciudad llena de flores y abundante vegetación como en Heredia, Costa Rica; y finalizando este largo viaje de estancias internacionales en la cordillera central de los Andes colombianos en pleno eje cafetero y de fondo las palmeras más altas del mundo.

Durante todo ese periplo, me di cuenta de lo maravilloso que ha sido formar parte de la gran familia de la UCO. Las posibilidades de crecer profesionalmente de la mano de esta institución fueron valiosas, mi labor como embajador de la UCO me permitió degustar todas las pinceladas de anécdotas, vivencias, olores y sabor a Banana que forman parte del legado más tradicional: la agricultura.

Finalmente, viendo de fondo la capilla del Campus, rodeado de la monumentalidad propia de la arquitectura de aquella época, y pensando en la gratitud a Dios por permitirme venir con mi tema del Cambur a tierras del Guadalquivir, recordé el momento en que pude responderle a Rocío, aquella duda, sobre la existencia del plátano hembra, le dije: —No estoy muy seguro de que exista la hembra del plátano macho, pero, de lo que si estoy plenamente seguro, es que, si comes Cambur, Plátano o Banana, serás más feliz, porque contiene triptófano que causa una gran sensación de bienestar, te dará energía y además es un buen alimento para atrasar el envejecimiento—.

—Vale, pues a comer Cambur— dijo ella.

Entre risas, y reflexionando un poco, siento que todo lo vivido, pasó por alguna razón, y estando en suelo español, en medio de una pandemia, me detengo a pensar en el gran acervo que llevo intrínseco, con la música llanera en la memoria y la actitud cargada de mucha gracia, riéndome de cada uno de los infortunios a lo largo de estos años, sin darle tanta importancia.

Hoy cuento los días para poder ver a mi familia, de estar en mi tierra, esa tierra que ha sido muy golpeada y maltratada pero que está allí, resistiendo, por su gente que día a día, con fe y fuerza la exaltan, la misma fuerza que tiene la planta de Cambur para resistir el enorme peso del racimo.